

Nicolás Casullo

BF20  
28 copias

*Modernidad y  
cultura crítica*

PAIDÓS   
Buenos Aires - Barcelona - México

creación fallida, de un tiempo que se parte, que se aleja. ¿Cómo vivir lo que ha sido? ¿Dónde habita “el tiempo antiguo”? Impugnación humana, divina, todavía indiferenciada, del tiempo que parece *morir*, que parece necesitar una extraña representación. Mnemosine en su combate contra Lete, contra el olvido, es la figura de lo absurdamente inacabado, de lo celestial que “deja cosas atrás”, condenando o iluminando a la criatura, al delirio. A la posesión, el éxtasis, la belleza, la verdad, la melancolía. El tiempo nombrado es apenas un tiempo nombrado. Mansión de lo muerto, necesidad de contarlo y siempre desde el principio, y siempre para salvarlo. Mnemosine es memoria, no historia. No es re-construcción. No es recuerdo de cómo fueron las cosas. Es el perpetuo y único tiempo de la palabra frente al olvido. No es el pasado en el presente, sino el presente en el pasado: *mnemoria en la palabra*, en el lenguaje que narra o calla, ahora, lo siempre ausente.

## 6. Los años '60 y '70 y la crítica histórica

¿Por qué los años '60 y '70 casi no tienen registro en lo sustancial de nuestra escritura crítica? La pregunta, desde el privilegio de contar con lo actuado, remite sin embargo al corazón de la reflexión actual sobre la cultura, la política, la teoría. Sobre el pensamiento comprometido con el presente.

Deshabituarlos intelectualmente de esos años, de las narraciones que *por primera vez* debieron componer aquello como historia y no estuvieron, terminó estableciendo un *modus operandi* de la crítica, donde los nuevos objetos de estudio normalizaron en definitiva nuestro flotamiento intelectual sin tal introspección del pasado, escamoteando al mismo tiempo nuestra propia deserción de contar sobre los '60 y los '70. Sin duda que esto responde a una “situación” de la historia reflexiva, de la teoría, de los avales que desde lo social necesitaría una preocupación crítica, hoy más bien en estado de precariedad y desguarnecimiento con respecto a esas cosas.

Pero entonces se trata de indisponerse con esa normalidad que nos libera de la historia. De indisponerse con los límites y recorridos especulares de una crítica, ahí donde ella

no lo ve. Ensayar una aproximación a los procesos de su intervención cultural, política, histórica en los últimos quince años, en tanto desrealización de una crítica histórico-cultural, desde sus propios recorridos asumidos, que la desentendieron curiosamente de la copiosa carga del pasado inmediato. Situar como objeto cuestionado *las circunstancias de nuestra crítica*, para llevarla a posible conciencia de un nuevo umbral de sí misma. Ese umbral de autocercioramiento, en el cual hoy pueda percibir su trayecto biográfico. Es decir, analizarla en los condicionamientos del presente, cuestión que le permita percibir cómo *todavía no es lo* que efectivamente le concierne, *pero ya no es tampoco lo* que se le tiene asignado como silencio de la historia.

Llevarla a pensarse en este sitio del medio, el de su desamparo, donde la crítica puede reconocer el caudal constitutivo de sus narraciones ausentes, su abandono de sí misma en aquello. Donde logre traspasar los perfiles familiares de su praxis, los que le otorgan los "nuevos materiales" de época, para ponerlos entonces en discusión cierta. Umbral donde consiga ubicar bajo sospecha los modos de interpretación de un tiempo social, el nuestro, reconociendo las desinterpretaciones intelectuales que ejercen esos modos, y las discursividades de distinta índole que edifican, por angustia histórica, fronteras a la crítica.

Por otra parte se tiene que, de diversas maneras empieza a correrse el velo de mutismo, de instrumentaciones discursivas y de variables traumáticas de índole intelectual que nos separan del acontecer político de los años '60 y '70 en la Argentina. Años que pasaron a estar signados desde un determinado momento por la cuantiosa muerte, por la desaparición de esas muertes en los cuerpos concretos que la sufrieron desde los aparatos del terrorismo de Estado. Pero años, aquellos, que no sólo fueron barrios

en su posibilidad de ser contados, examinados, por ese corte que la barbarie represiva provocó en la conciencia de nuestra sociedad, sino por otros y diferentes factores que giraron sobre aquel exterminio, problemática plausible de analizar en términos de cierta autonomía con respecto al genocidio de las Fuerzas Armadas.

Me refiero a las complejas tramas y operatorias de palabras y silencios con que se reanudó la vida política luego de esa crónica aciaga. Al profundo silencio de las palabras postergadas, y sobre todo a las muchas palabras que silenciaron acabadamente aquella época desde los moldes y dispositivos con que nuestra actualidad regla las consideraciones de las cosas en el campo cultural. Sin duda, los mismos moldes con que hoy ese dilema histórico de los '60 y '70 (vía mercado editorial, autores que de disímiles perspectivas reingresan a ese tiempo, filmes que buscan documentarlo y cierto periodismo cultural que se relaciona con el fenómeno de dichas obras, esto es, el territorio que nos hace) vive su reaparición en el entretejido de una conciencia social receptora. Fenómeno que más allá de que termine siendo embaldado en las variables del consumo "biográfico", fugaces modas nostálgica, museística de la revolución o simple casillero comercial a atender, pone en evidencia la "aparición" de un relato que desde el campo cultural reflexivo fue casi desconsiderado, o cuando no lo fue resultó tan escaso su aporte intelectual que no pudo distinguirse del propio olvido de época. Esto último, creo, es tema relevante y que incumbe al pensamiento político intelectual sobre las presentes circunstancias.

La ausencia de la palabra, las palabras que silenciaron este pasado inmediato, también resulta una cuestión esencial para entender el hoy político, cultural e intelectual que nos circunda. El problema no es fácil en su tramien-

to, remite a las formas patológicas no sólo que adquirió aquella historia, sino sobre todo a su gestionamiento como pasado histórico que no consigue ser contado ni discutido. Porque ese lugar del pretérito cercano que pareciera vaciarse sin sosiego, no sólo nos expone a su ausencia cuando pensamos el presente, sino a un olvido de su falta, donde lo reprimido se transforma entonces en el lugar ciego de un habla democrática que presupone haber saldado esa crónica.

Cuando hoy nos preguntamos por ejemplo por el extrañamiento de la política con respecto a la sociedad y a las jóvenes generaciones, hay respuestas presurosas para explicar dicho distanciamiento, desde las neológicas massmediáticas, desde "la crisis de representación" y otras reiteradas baterías de argumentos, ninguno de las cuales por lo general remite o se piensa desde ese acontecimiento de un relato pendiente sobre los '60 y '70, donde nuestra actualidad tiene detrás suyo un abismo de conciencia informe. Escondido en el terror de la muerte, prontuario por las voces predominantes, falsamente diabolizado y a la vez desdramatizado según las circunstancias. Agujero por donde ese mundo silente brota como esmerpento de metáforas condenatorias o absolutorias, o recobra su cuchicheo en infinidad de hechos que simulan "convocarlo" en cada protesta, revuelta, violencia social actual, para instrumentación de los poderes antidemocráticos, que entonces sí hacen presente los '60 y los '70 en el nombre de una "subversión" que rompería demencialmente —danza de brujas— su presente encaramiento referencial.

Y no me refiero básicamente a los '60 y '70 "parisinos", a esa abstracción estetizada de hippies, estudiantes, psicodelia, guevarismo cultural y "no a Vietnam" con que una generación se impregnó de un ideario hoy reducido

amito desde el consumo o los juegos retóricos intelectuales, sino a la época del foquismo revolucionario en la Argentina esencialmente desde el protagonismo de Montoneros, ERP y otras instancias políticas menores que se situaron en el campo militante de una política de izquierda revolucionaria.

Historia ésta en un inédito sentido fuerte. Fuerte por la intensidad con que planteó el proyecto de la historia desde un compromiso político tan activo como dilatado en la sociedad, y que en su descalabro total luego pareció vaciar drásticamente la política como proyecto de una historia. Fuerte entonces en las herencias y los lenguajes que portó: en aquello que tuvo esa historia de agigantamiento de sus negatividades y sus positividades actuadas por todos los ismos que puso en juego. Por las radiaciones teóricas que sintió que acumulaba como dato para los compromisos subjetivos que se contrajeron con ella. Los '60 y los '70 fueron la encrucijada donde la mayoría de la sociedad argentina se sintió hablando desde y hacia el plexo de significados de una extensa historia propia que enlazaba orígenes, devir-tuaciones, derrotas y reparaciones a partir de una revolución incompleta desde sus albores independentistas. Y que por lo tanto vivió imaginaria y vindicativamente su palabra a la sombra fantasmal de las palabras de todos sus otros tiempos.

En este sentido la densidad con que los '60 y '70 pensaron resolver desde el cambio social también los relatos de la historia misma, forma parte genuina de una cultura de época, que no habilitaba luego la satanización que se produjo sobre esos años, sino por el contrario, que exigían el examen exhaustivo de las relaciones políticas, ideológicas, intelectuales y existenciales que ella entabló entre acontecimiento y escrituras, entre realidad y discurso, entre racionalidades y escatologías. En definitiva,

entre la historia y las literaturas con que se nos hace presente esa historia siempre a retomar. Nuestra tarea incumplida en lo que nos compete. Los '60 y '70 exigen de nuestra parte la exhaustiva y horadante *creación de ese tiempo*, tensado por aparatos de vanguardia iluministas que se reconocían como parte de una longeva estirpe, en cuanto a su "necesidad" precisamente de aparecer en la historia.

Instancias *anticipadoras del futuro* estas últimas, que a la vez se sintieron impregnadas de una *antigua verdad negativa*. Que en lo nacional expusieron esta complejidad —las antipodas de los tiempos llamados a escena— y que deben ser leídas sobre todo en ese hiato de sus praxis "de avanzada", que concitó al mismo tiempo lo preclaramente "racional" y lo indefectiblemente "irracional", el conocimiento y las tinieblas de lo real. La conciencia y la insensatez. Las leyes objetivas y los autismos martirizados de la voluntad. El reordenamiento del mundo y "fin del mundo". Esa zona terciamente moderna de las vanguardias como lugar de *experimentación antedatada de un todo social* con que se inscribió la política de los '60 y '70, consciente o inconscientemente conjugó el encuentro de todos los pretéritos nacionales a resolver desde sus políticas dogmatizadas, desde la obediencia a las teorías, filosofías, científicismos y enfoques que jugaban como novedad "libre" y sofisticada del mundo de las ideas que propuso la época, en cuanto a conflicto entre palabra y mundo, lenguaje y estructura de lo real, sujeto y hablas.

Problemáticas del decir y el "ser dicho". Camino deconstructivo de una conciencia vanguardista, teórica y radiante de la razón universal, que se fundió estética, científica, culturalmente con los subsuelos políticos de aquella experimentación de las izquierdas reinterpretadoras de una historia nacional: de una crónica a la que se entendió enajenada en sus textos propios y ajenos, mitificados y

desmitificados, donde no se conseguía enunciar dicha crónica porque "éramos enunciados". Proceso por lo tanto a la vez fundamentado y cegado por tales luces. En ruptura y en obediencia con respecto a los síntomas hereditarios de un cuerpo social. Orquestándose desde las nuevas verdades reflexivas y las turbulencias de ponerlas en extrema discusión política con la fragua del "pasado que habla": con presiones humanizadoras y a la vez armado para la violencia y la muerte.

Con respecto a esa crónica de actores concretos, los '60 y '70 resultan hoy paisaje de ruinas mudas en la construcción de las actuales retóricas. Espacio histórico al parecer sin testigos, pero también ahora política de los poderes actuales que deposita en la geografía de aquella época, y como figuras "del mal", planteos de cuestionamiento al sistema capitalista, crítica rotunda a la historia presente y las infinitas formas de la violencia dominante, protestas populares desde el protagonismo político de las víctimas: figuras todas estas reconvertidas en la actualidad en aliento fétido de una historia de relatos suprimidos, pero que sin embargo "habla" cuando se hace necesario para los usos gobernantes. Ruinas que exigen preguntarnos entonces, como hizo Habermas con su sociedad hace pocos años, "¿cómo nos comportamos con la historia?". Cómo nos comportamos frente a "un pasado regularizado en su apatencia".

Ruinas que en la incapacidad intelectual y política de nuestro presente por desplazarlas del simple y atrofiado espanto, regresan como lo impronunciable: como descampado de signos, terror, ignorancia, deshistorización social, para convalidar peligrosos órdenes mentales represivos, latentemente fascistas en lo social. "Ruinas" —como escribió George Simmel— "que son la exasperación y el cumplimiento más extremo de la forma presente del pasado".

Citando a Marx podría decirse que si es cierto que "las generaciones muertas oprimen como una pesadilla el cerebro de los vivos", mucho más se hace espectral ese pasado para la comprensión del qué somos ahora y por qué, cuando la historia no es un exceso de citas que la convocan sino la absoluta precariedad de las narraciones que la asumen. Esto es, cuando esa historia vive tapiada como una de las tantas transacciones que alimentan nuestro "bello presente".

Aquella encrucijada de compromisos militantes rigurosos plasmando el campo de las izquierdas argentinas, de programáticas bélicas, de paroxismos de violencia organizada, de cosmovisiones políticas revolucionarias al margen de las leyes y fundadas en definiciones irrefutables, de ideologías de justicias redentoras de lo social, de ideas de "cambiar la historia" con ejércitos en nombre de los explotados, de aparatos de vanguardia pensados expresamente para la guerra, de solidaridad política con los siempre vencidos y castigados por la historia, fue en los últimos veinte años, sobre todo desde lo que nos concierne -intelectuales de la cultura y de la historia- mutismo, liviandad ensayística, vaciamiento de argumentaciones para que aquel pasado operase ahora contramíticamente. O resultaron comprensiones esporádicas que partían de sepultar las huellas profundas que estructuraron el corazón ideológico, político, vivencial de la que se sintió "generación de la revolución". Desde ahí, en lo que nos toca como pensadores críticos, aquel pretérito permanece en los subseuelos del presente mercadeo cultural, de las rutinarias argumentaciones sobre las incertidumbres del ciudadano en cuanto a preguntar qué vamos siendo, de la variada política massmediática o corrupta que nos circunda, de la distracción investigativa académica, y de un

reinado informativo preocupado simplemente por vender más que la competencia.

### *Des-escentificarse*

El tema entonces no es solamente cómo necesita aparecer y ser relatada aquella historia política y de cuerpos expuestos a la muerte, sino, en el mismo orden significativo, cómo se procesó su ausencia, cómo incidió ese vacío biográfico en las evidencias y comprensión de lo actual. Cómo, entre otras cosas, pero fundamentalmente en ésta, se estructuró un tiempo cultural democrático con la "desaparición" de gran parte de un pasado reciente, y cómo sobre esa memoria extinguida, suplantada (donde cada discursividad que la aludía la eludía) operaron las presentes políticas *de la historia* que hoy nos atraviesan.

La desaparición de un pasado como desaparición de un tiempo en el tiempo de una conciencia social, ese estado *de afasia* generalizada como piensa el historiador de la cultura Franco Rella, en nuestro caso puede ser explicado de distintas maneras justificatorias en términos políticos, ideológicos, psicológicos, en cuanto a haber transformado una historia en lo indecible. En cuanto a haber convertido en terreno baldío aquellos años '60 y '70 donde desembocó una extensa crónica de la Argentina siglo XX como modelo de país moderno en profunda crisis. No obstante, la ausencia de un pensar crítico no puede quedar absuelto en esta desaparición de la historia, porque es precisamente el esfuerzo de ese pensar el que tiende a no quedar prisionero de las escenificaciones discursivas totalizantes (o "diferentes") en boga. Es dicho pensar el que busca siempre des-escentificarse de una dominante cultural cuya columna vertebral se yergue, también en

este caso, en su gestión de la memoria, y en el escaso conflicto que experimentó ese *relato llamado* en cuanto a disputa sobre la historia. No es una cuestión de rasgarnos las vestiduras ni un *mea culpa* que nadie solicita. Sino la certificación de un estado cultural que involucra a los que participamos hoy de distintas maneras en el espacio de la crítica, de la izquierda, del progresismo de una democracia, donde el tan mentado lugar "del bien" de la reflexión intelectual termina por lo general aportando a la banalización del bien.

Cuando nuestra escritura crítica se posiciona omitiendo o distanciando el pasado "hacia el pasado", llevándolo de ambas maneras a un decisivo extrañamiento con el horizonte íntimo y colectivo del presente, planteando aquello como lo *otro a lo actual*, ratifica que esa historia que supuestamente "ha cesado" para los poderes en la catástrofe de la muerte de los cuerpos y de los paradigmas de una época, ha cesado también en la operatoria de nuestras palabras indagadoras como drama del presente que nos aguarda todavía. Como si también nosotros nos incautáramos de la historia, en consonancia con los que incautaron los cuerpos, con los que provocaron los sonidos del silencio, con los administradores oficiales y privados de la cultura y la política, para quienes aquello es un *pasado consumido*, entendiéndolo así desde una lógica de consumo técnico donde en definitiva todo tiene su cumplimiento. Podría decirse desde tal lógica cercenatoria: también aquella historia "culminó", en una operación cultural, técnico-intelectual sobre el tiempo histórico, para pasar a ser lo que quedó "fuera del tiempo".

Piensa el ensayista Félix de Asúa que "la memoria es una misteriosa facultad que mantiene unida nuestra coherencia tanto individual como colectiva [...] sólo mediante el recuerdo de lo que hemos sido podemos seguir siendo

lo que creemos ser". La disconformidad con un orden cultural de valores y conductas establecido, parte esencialmente del conflicto sobre el *dominio de la historia*, ese que instituye, por enunciación u omisión, cómo fueron las cosas. Desde esta perspectiva la disputa crítica a un ordenamiento que desde dispositivos y artefactos de comprensión fija los antecedentes, los campos simbólicos que atañen a aquellos años, exige a un pensar cuestionante de la cultura un des-escribirse de las operatorias sobre el pasado, para reponerlo como problemática carente aún de habla reflexiva. La crítica en todo caso es esa conciencia inicial de que ningún discurso predominante en el campo político y cultural está solicitando tal deslinde, tal mirada querellante. "Yo sólo ataco cosas que son victoriosas" señalaba Nietzsche, inaugurando con esa predisposición de lectura disruptiva un sesgo de radicalidad crítica que revelaba en primer término no de un determinado posicionamiento en la cultura sino de la escena y operatorias mismas que establecen los sitios posicionantes desde "el empleo abusivo del éxito" con que aclaran y explican. "Yo ataco" lo dominante cultural como armado, incluida su crítica, dice Nietzsche.

Nada institucional pareciera demandar ese camino hacia los fantasmas que hoy pueblan la escena social y política argentina, y sobre cuyo silencio el presente histórico depositó a la vez su posibilidad de sutura y su desorientación ética profunda. Habría, en el cuestionamiento que se des-escribe críticamente, una irrupción que la sociedad no exige sino que sólo padece, y en ese hiato irresuelto entre "el dejar atrás" y permanecer entre los espectros mudos de una temática de la violencia (extirpada como problema ahora) se inscribe el lugar de un pensamiento intelectual nacional sobre su propia falsa conciencia, sobre, como dice Rousseau, su participar "en el



simulacro público de la virtud". Preguntarse por qué el campo cultural de la democracia en nuestro caso nos eximió del reingreso de la historia de los '60 y los '70 no es sólo plantearse lo presuntamente conocido, la explicación de la herencia de un Estado de Terror que sentó límites de posibilidad indagante a la propia identidad de una historia democrática—su armazón en el no tratamiento de una violencia—sino también preguntarse por el carácter de una democracia que se establece en lo desvinculante de esa memoria, en la pretensión política de inelaborar ese pasado y en una cultura (ideología) del grado cero.

La extinción de las preguntas que nos remiten a qué democracia, cuáles violencias en las hablas vigentes, qué mutismo de antecedentes, forman parte de un momento *crítico constructor de una crítica*, tanto si tales interrogantes de sospecha aparecen desde la conciencia político intelectual como si no alcanzan todavía intervención pública. El lugar de la crítica es esa carga potencial develadora, una des-escentificación asumida o no por la palabra interpellante. *Es el sitio que permanentemente no está disponible*, debido a la propia discursividad interpretativa y victoriosa en la escena. Sitio que en todo caso funda ese nietzscheano "yo sólo pretendo hablar de eso". No de otra cosa. No de las mismas cosas. Hablar críticamente de lo que llama "esa especie de cultura", esa "especie de crítica", "esa impronta uniforme de sí misma" que nos delinea. Podría argumentarse, para la cuestión de los años '60 y '70, que el espacio de la crítica siempre se asienta en su no disponibilidad social, en su necesidad de aparecer más allá de la palabra y de la escena que nos porta, porque en realidad sus "objetos" son los indecibles sustratos que la aprisionan precisamente en tanto "escena" y "palabras" políticas, científicas, estéticas, informativas.

Entenderlo entonces como itinerario de la crítica sobre una cultura nacional presente, y entenderlo desde ese extremo mirar adorniano deshabitado de complicidad; llegadas ciertas circunstancias de omisiones flagrantes, "el todo es lo que es falso". Lo que no implica un nuevo "armado político" del decir, sino su antípoda, una política de argumentaciones sobre el armado de nuestras escrituras. En este sentido la crítica es itinerario que se nos proyecta hacia atrás y hacia adelante como una suerte de ciudad otra, efímera, precaria, a construir en lo que dijimos y no dijimos, en lo que decimos y no decimos. Inscribir nuestra palabra sobre la arqueología de lo inmediato y en relación con nuestra historia signada por las arqueologías de la desaparición de cuerpos, tumbas sin nombres, restos óseos, siluetas que alguna vez estuvieron una última vez, pero inscribirla desde otra genealogización, que siempre se extiende delante nuestro como todavía *silencio de la crítica*. Experiencia que nos rebasa, nos supera, que nos exilia en los exilios interiores y exteriores con que persiste la historia negada de relatos. El "yo sólo" nietzscheano se nos convierte en el yo sólo de la enunciación crítica genealógica. En una difícil soledad de la crítica que ya tendría trazado ese destino de interrogantes exiliados, pero al mismo tiempo no los tiene. Sería aquella narración de nuestro presente cultural y político, previa a los nombres con que hoy nombramos las cosas, las designamos, les asignamos encuadres, diseños y dispositivos de construcción de los problemas. Soledad no martirizada ni heroica de la crítica, por cuanto remite aquí a su alumbramiento, a su posibilidad de verse y oírse finalmente en el lugar de la des-escentificación, en esa fatalidad aguardada.

El hallazgo de la historia presupone siempre un primer anonadamiento de la conciencia frente a los tiempos que



efectivamente “la dejaron atrás”, quebraron las trasmisiones humanas, neutralizaron esa cuota de barbarie de lo callado, para una particular actualidad cultural y política que disuelve, en el eclecticismo generalizado, la posibilidad de asumir cualquier pasado. Ni aun los que se cree asumir. Los años '60 y '70 en la explicación de sus “males”, y no en el mercado cultural de la nostalgia, tienen también entonces los prolegómenos de interrogarse sobre la crítica. Sobre aquello que al pretender abordarse, cobra vida como *historial de lo inabordable por ella*. El “yo sólo atacó” se nos abre por lo tanto sobre nuestros propios patetismos, sobre nuestras propias armas escrudinadoras, sobre esas palabras que serán siempre anacrónicas a un presente, que dan cuenta de que toda crítica a la cultura resigna su “pertinencia” virtuosa, su “oportunidad moral”, su razón instrumental o sustancial sobre lo acontecido, para partir más bien de su propia fatiga, postergación, de su carencia de promesas hacia las discursividades en escena. Para erigirse en cambio políticamente en el debate de *un pensar sobre lo que no tuvo lugar en el pensar*: la contraescena, la de las miserias y sus propias miserias.

Sucede que ningún otro tema como este —el de política y violencia que signó la luctuosa experiencia de un proyecto popular en la Argentina moderna de los '70— anida lo modular a inquirir, a reclamar sentidos, a destruir su palabra que lo narre en relación con una reflexión sobre nuestra sociedad histórica a lo largo del siglo xx. Hasta que nosotros re-conozcamos también y especialmente en aquella encrucijada que se extiende desde un amplio consenso por la transformación social del país en 1973, a la degradación de un gobierno y la exasperación y el cretinismo armado de vanguardias y restos de vanguardias políticas (confrontando desde 1975 en adelante contra el plan genocida de las Fuerzas Armadas que aplastaron toda señal y todo rastro de

voz cuestionadora en su conjunto, contando con la aprobación implícita de la política de los grandes partidos) hasta ese re-conocimiento reflexivo y profundo de lo que contuvo ese pretérito, no hay crítica cultural histórica que pueda sostenerse, si no es desde aquel adorno, el todo es lo que es falso. O dicho de otra manera ¿de qué estamos hablando cuando hablamos?

Los '60 y los '70 resultan genuina historia argentina en todos sus actores, más allá de la caracterización que luego hagamos de cada uno de ellos, como también es absolutamente nuestro el signo del terror, la muerte y el miedo que funda el desemboque de esa historia. No somos en definitiva, y quizás infelizmente, los '60 franceses ni italianos ni berlineses ni californianos. No somos “el tiempo de la protesta callejera” ni el de la “revolución cultural” ni el de “las generaciones marcussianas” que hoy la industria cultural homenajea patentizando el fin de la historia en su “última historia”. Si todo aquello a su manera inspiró, sin embargo no cuenta nuestra historia ni nos permite absolver la crítica a nuestra crítica, exponiendo aquel tiempo como “lo juvenil contestatario” fenecido, ni tampoco desde su simplificador contrario, desde una traumática pérdida del habla por lo irrepresentable ocurrido. Nuestra historia es otra, y sigue acá, entre nosotros.

En esta perspectiva la construcción de la historia de los '60 y los '70 es también la construcción de nuestra crítica. No ya entendida como un sociológico “reconstruir el pasado”, a partir de “lo que debió darse” en su lugar, y que buscaría hoy el espejismo reglador de lo acontecido. Ni en la otra orilla, desde el simulacro de un pasado cuya continuidad arteralmente prohibiría hoy el presente político e ideológico. Historia y crítica es en cambio la inédita construcción del secreto de un tiempo, la travesía a su conocimiento, su despertar a él. Historia y crítica de los

'60 y los '70, como indicios que son convocados por primera vez, inaugurando la historia donde todavía no hay historia. Donde figuras postergadas, imágenes indispuestas y deshechos de la memoria reemprenden camino hacia las teorías. En nuestro caso, construcción narrativa de lo que planteó la hegemónica figura de las vanguardias revolucionarias, esencialmente armadas, que en su emergencia congregaron, como centro constelar, una época en cuanto a nucleamiento de complejos y dispares sentidos, en cuanto a las maneras, las falencias y las aberraciones en sus formas de concebir la política, en cuanto a su actuación protagónica en un desenlace que contuvo miles de muertos. Desde esta mirada, la única distancia que nos plantea la crítica a ese tiempo no es el tiempo, sino la de nuestras palabras que la sostienen. En la escritura de una historia, en sus formas de ser contada, la crítica se busca a sí misma siempre afuera de sí misma, en aquello nunca aparecido todavía: la narración de lo que importa.

### *Aquel impulso crítico y peligroso*

Nuestra presente relación con ese espacio de "lo dado en un pasado", los '60 y los '70 nos situarían en las antípodas de la contundente mirada benjaminiana sobre la historia, que precisamente intentó quebrar de manera crítica esa *escena del presente* como dominio que también sojuzga a la izquierda, al progresismo político en su valorización de los pretéritos. Crítica de Benjamin que buscó arrasar con las estrategias dominantes que pretendían desdramatizar el presente desde la creencia de que el pasado ya no es una historia que nos espera como pertinaz cita de resolución de todos sus datos. Esto es, pasado que nos aguarda pero no allá atrás como lectura homologada

a los vientos de época, sino aquí, en la asfixia cultural que todavía lo contiene. Para el berlinés, el presente sólo inicia su desmitificación de la barbarie cultural que encierra, en la construcción de otro orden del pasado en *dura discusión* con aquella comprensibilidad cultural exitosa que lo gestiona: se inicia con el encuentro de otras imágenes que quere llen las imágenes legitimadas y homogeneizadoras de un pacto tecnológico a cargo de las ideologías y políticas imperantes. Planteo crítico en pro-cura de otro orden del pasado a contrapelo de los vientos de la historia con que supuestamente "se navegaría", "se progresaría" hasta dejar atrás, adormecido definitivamente, tal pasado.

"No navegar en el reino de los sueños -dice Benjamin- sino encontrar la constelación, las imágenes del despertar [...] despertar de un conocimiento, hasta ahora inconsciente, de lo que ha sido." No se trata para el teórico alemán de una fórmula en la cual el pasado arroje su luz mítica sobre el presente ni el presente su luz neomítica sobre el pasado, sino del acontecimiento de pensar la historia cuando lo que fue entra en constelación con el ahora, se hace presente *por irrevuelto*. Recién en esto "que nos pasa" nace la realización potencial de ese pasado, no ya para distanciarlo con la inutilidad de su reivindicación o su condena -es decir, memorialmente- sino "como aquel impulso crítico y peligroso, base de toda lectura", a contramarcha de las diversas ofertas en pro o en contra que lo petrifican. Impulso crítico, peligroso, que ilumina ese pasado como cifra en la tragedia del presente.

Es indudable que el cuestionamiento de Benjamin a lo que llama los "burdeles" del historificar, se despliega en debate contra gran parte del progresismo político moderno. Porque lo que ejerce Benjamin en su escrito póstumo es una crítica implacable al campo cultural que lo contiene

ne como intelectual de un tiempo. Lo que no significa en ningún momento autoflagelamiento o búsqueda de excusas frente a una época, sino el principio de todo pensar crítico en su relación con las políticas de la historia: escapar de la banalidad del bien a la que hacía referencia anteriormente. Banalidad del "asombro" bienpensante sobre la actualidad, de las omisiones de lectura sobre una historia, de la distracción frente al pasado, de las incertidumbres por no reparar en él: formas de la falsa conciencia tan corrosiva de los sentidos de la historia, según Benjamin, como la banalización fascista del mal. Se trata entonces de partir de las condiciones de nuestra escritura crítica, como objeto que también tiene que hacer aparecer "su historia" presente. En Benjamin ése es el objetivo que atraviesa su texto: situarse esperanzadamente en la falla de su pensamiento con respecto a las políticas sobre el pasado.

Su debate sobre las concepciones de la historia, sobre el lugar "del pasado cercano/lejano" —la problemática teórica crucial de Benjamin— atañe de manera precisa a nuestra actualidad argentina. Nos regresa, desde su teorización, a una de las claves de bóveda donde quedamos involucrados. En la crítica que ejerce (en sus apuntes sobre las Tesis de la Historia) contra "los contemporáneos que están al día", contra aquellos que no perciben la real índole de la cultura, de ese "botín" historiográfico que "ha dejado de traer a presente el pretérito", Benjamin traspasa el vocabulario político de una época para situarse en su fondo, en el debate cultural de una época: en aquello que son sus ruinas, mitos y espectros. En ese fondo, donde es preciso que batallen pensadores contra tecnócratas de una cultura, encuentra Benjamin el profundo déficit intelectual y político de un progresismo incapaz de sentirse, en circunstancias precisas, en el exilio de las palabras imperantes, de detener los cursos que lo habilitan fal-

samente. Tecnopolítica "socialdemócrata" para el berlinés, que jamás se percibe ni se siente en el exilio con respecto a una historia de memoria arrancada, sino que también actúa, acriticamente, como depredadora de los sentidos acumulados. Asume la palabra como simple signo instrumental, técnico, actualizado en el olvido de las tramas, en tanto escritura que se asienta y se suma a la explotación del signo. Esto es, actúa en la invisibilidad de su explotación técnica, política, institucional, profesional, retórica. Para Benjamin la vacuidad reaccionaria de ese posicionamiento intelectual, su imposibilidad de situarse extramuros de lo dominante, de vivirse extranjera de un tiempo y de sus ejércitos discursivos que habilitan "presentes", es el punto nodal de la falacia crítica. Su real rostro conformista conservador.

### *Aún no hemos empezado con la historia*

Cuando trabajábamos en un número de la revista *Confi-*nes sobre la memoria y el terror en la Argentina, el propósito era situar la reflexión sobre el tema en una frontera que a esa altura comprendíamos como ineludible: entre la problemática de los desaparecidos que atraviesa bestialmente nuestras últimas dos décadas, y una torsión precisa de nuestros textos que remitiese a otro objetivo de fondo: hacer consciente en el campo de la crítica y la cultura política que hoy nos constituye, la inmensa ausencia, deficiencia o escasez de nuestra palabra con respecto a la encrucijada política de los años '60 y '70. Ése era el nudo gordiano a plan-tear desde un punto de vista ético y político, de la misma talla que la comprensión de lo actuado por el Estado Militar homicida, y de la figura de las Madres atesorando la memoria de la muerte como sello para siempre trágico en la Argentina. Hacer aparecer la necesidad de contar la his-

toria hundida o des-tratada por diversos motivos, situada en distintas penumbras de la conciencia del cuerpo social. Pero sobre todo encallada en nuestras escrituras y posicionamientos de análisis.<sup>1</sup>

Por detrás del asesinado-desaparecido, se esparce el llamado tiempo de la violencia política, que pareció no poder regresar jamás a una auténtica y exhaustiva reflexión si no pagaba previamente el duro peaje de su extrañamiento histórico, de un acuerdo retórico de distanciamiento velador de sus reales honduras. De su virtual desnaturalización en los relatos que por encima de referirlo ejercían la tarea de extraviarlo. De condenarlo, y que se entienda, no en tanto juzgarlo negativamente como una época de irracionalidades desbordadas y apartos de la muerte, sino como condena a que permaneciese en estado de recuerdo indefinido, instrumentalizable en su bruma, como olvido del olvido, lleno y a la vez vacío en su resonancia para un presente democrático ciego a esas propias ruinas que de muchas maneras le habían abierto curso y sentido.

El no relato *explícito* de esa época es el gran relato que se logró por diversas vías. Por itinerarios de un silencio

1. Recuerdo que este tema surgió expresamente en el Encuentro sobre "Las Madres de la Plaza" que se realizó en Vaquerías, Córdoba, a mediados de 1995, entre los que hacíamos tres revistas: *Nombres, Estratos y Confines*. En las largas "conversaciones en los bosques" como llamamos esos tres días, resultó manifiesto por una parte cómo en la reflexión sobre la muerte y la memoria aparecía permanentemente la historia todavía incontestada de ese tiempo, y básicamente la historia del peronismo y el marxismo revolucionario. Por otra parte, esto nos llevó a pensar si esa extensa inarticulación de un pasado no desfiguraba el sentido del tema de los derechos humanos y la propia presencia de las Madres en la discusión sobre ética y política y campos simbólicos y discursos políticos.

posterigante consciente, por una facilidad casi filisteica del campo intelectual, político, académico, en cuanto a ignorar lo que realmente fueron sus datos, sus correspondencias, sus lenguajes, sus formas vitales del compromiso y la envergadura de los proyectos de las izquierdas argentinas, o mediante desperdigados tratamientos que no resultaron otra cosa que un ordenar decorosamente, "teóricamente" lo ya sabido a la manera de síntesis que cerraban la reflexión. También, y desde otra vereda, desde reinvindicaciones mitificantes y por lo general camufladas de un ideario "revolucionario" a resumir. Caminos en definitiva de omisión de una historia en sus reales y más decisivas referencias, que motivó —por sobre cualquier otra mirada— los ensayos del número de la revista, donde señalábamos que eran las biografías de nuestras propias escrituras las que quedaban puestas en cuestión en aquellas distintas ocasiones en que hablaron para no hablar sobre lo que irreversiblemente hace a la cuantiosa, compleja y densa historia de los '70.

Decía Héctor Schnuccler en su artículo: "Hay que reconocer que en nuestro caso aún no hemos comenzado a reconstruir sistemáticamente la historia y que los análisis políticos están cargados con prejuicios intolerantes, intereses coyunturales y miedos que paralizan o impiden indagar cómo y en qué medida la sociedad estuvo comprometida [...] Estamos atravesados de olvidos que oscurecen las minucias de la historia."<sup>2</sup> También Alejandro Kaufman señalaba temas cruciales y de difícil discusión en una historia ausente a construir: "Es necesario comprender y recordar que hubo una guerra. Que una guerra no

2. Schnuccler, Héctor: "Ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello", *Confines*, n° 3, págs. 9 a 12, Buenos Aires, septiembre de 1996.

se limita a la violencia ejercida, es un fenómeno mucho más amplio. La existencia de una masa guerrera se conformó en la Argentina en el transcurso de un período de varios años [...] no se trataba tan sólo de algunos grupos vanguardistas [...] la idea de que el movimiento hubiese podido ser combatido por medios legales carece por completo de sentido [...] sólo pudieron resistir los organismos de derechos humanos [...] Esta resistencia fue efectiva en muchos sentidos, pero el discurso que produjo ha de ser objeto de la crítica. No es una descripción de lo real ni un relato de la memoria”.<sup>3</sup>

Por su parte, Ricardo Forster apuntaba no sólo a esta historia “desaparecida”, sino a una cuestión tan importante como el propio mutismo que irradiaba: aquello que sería la crónica intelectual y política de su actual invisibilidad: “Recorrer los años ’60 y ’70, detenerse en las intensidades de una época cargada de oportunidades y peligros, significa despojarse de los gestos apologéticos sin por eso convertirnos, como señalan ciertos sectores de izquierda, en traidores de la memoria”. Para enfocar luego la postura antitética, “la que ha sido complaciente con los cambios de época, la que primero se embanderó detrás de las columnas de la revolución y que después se deshizo en promesa de fe democrática mutando de piel y rechazando sus vínculos con aquellos ideales”, postura que nos pone ante la evidencia de que “transferir aquello al museo del pasado es un modo de liquidar su presencia”. Se trataría en cambio para Forster, “de instalar el debate por fuera de los cánones de época y el aturdimiento que los medios de comunicación operan sobre nuestras per-

3. Kaufman, Alejandro: “Desaparecidos”, *Confines*, n° 3, págs. 33 a 44, Buenos Aires, septiembre de 1996.

cepción, para evitar el riesgo del *revival* que el mercado le impone a todo lo que toca [...] la nostalgia vuelta moda significa cadaverizar la memoria, someterla a una nueva forma de olvido”.<sup>4</sup>

El que esto escribe planteaba en ese número de la revista: “Memoria del genocidio militar [...] pero aquí también me refiero a otra memoria, a esa memoria de las vanguardias de haber nombrado las cosas [...] me refiero al derrumbe de lo que respiraba por debajo de nuestra sintaxis, del sistema gramatical: aquello cósmico y patológico, tan visionario como abismático y teórico, pero además santo y también maléfico [...] En la historia de la violencia política en la Argentina la muerte también tuvo sus campos lingüísticos de exterminio, donde ‘desaparecidos’ como narración política, cultural, de nosotros mismos”.<sup>5</sup>

### La Plaza de Marzo del ’96

Fuimos conscientes en aquella oportunidad de que esa carga expuesta de inconformismo, de interrogantes sobre el borramiento de una historia, y con ella de nosotros (tanto partícipes como herederos) no era sólo consecuencia de conversaciones acumuladas con respecto a las presiones políticas de la historia. Otra circunstancia que incorporamos a la reflexión fue nuestra lectura política y cultural de lo que significó el despliegue en las calles y las

4. Forster, Ricardo: “Los usos de la memoria”, *Confines*, n° 3, págs. 53 a 61, Buenos Aires, septiembre de 1996.

5. Casullo, Nicolás: “Una temporada en las palabras”, *Confines*, n° 3, págs. 13 a 31, Buenos Aires, septiembre de 1996. Artículo incluido como capítulo 5 en este libro, pág. 129.

manifestaciones colectivas con motivo de los veinte años del arribo de la dictadura del '76. Entendimos que en esa coyuntura de nuestra democracia, lo más consciente de las nuevas generaciones había abierto, desde el recuerdo del Terror, algo distinto a lo argumentado durante la última década. Algo en el campo atribulado de lo simbólico que reúne memoria y dolor, y que apareció como quiebre de su propia discursividad y como dato fuerte dentro nuestro. Esa inesperada resonancia de la Plaza de Marzo, así lo creímos, más allá de citar a lo antiguo como los muertos "que optimen", emergía con aquello que Marx llamó las señas de un nuevo lenguaje, y que podríamos pensar como irisaciones inéditas de las palabras de siempre.

Como si esas generaciones habitadas por el silencio de un pasado, aquellos jóvenes que nos preguntaron y no nos preguntaron por lo que fue, hubiesen asumido en manos propias no las herencias programáticas y praxis de aquel tiempo argentino, sino ese enigmático signo tan dificultosamente pronunciable sobre su existencia. Como si el desaparecido irrumpiese ahora en nuestra crónica nacional no ya sólo en tanto espejo roto de una ética política argentina en perpetuo estado de descomposición sino, de ahí en más—desde esas calles de muchedumbres hacia adelante—, como la necesidad de resolver ese hueco oscurecido de la historia y su actual insoportabilidad. ¿Cuál historia? Tal vez ni los propios protagonistas de esa Plaza de Marzo lo llegaron a vislumbrar con claridad. Tal vez toda interpretación crítica, en este caso la nuestra, es un plus de significados a los plus indecibles del teatro histórico. En todo caso "aquella historia" pasaba a ser una pregunta aún no dicha, algo que presentimos empezaba a gestarse. Una demanda propia de esas generaciones que "no estuvieron", que "no supieron" de los '70, que atravesaron el purgatorio de defender la democracia también contra

la democracia massmediática de los locutores-historiadores, pero que producían en esos días el gesto más importantes de los años '90: la aparición de otro relato, el de ellos, su relato imprevisto, balbuceante y en génesis. Que a dos décadas ellos diesen "desaparecidos", pensamos, significaba que inmersos en esa extraña travesía de las discursividades predominantes donde se formaron, los de 15, 20, 25, 30 años ya no preguntaban dónde están ellos, sino por la historia *de ellos* como sintiendo que toda historia, en su propia construcción, ya es de por sí una anomalía impugnadora de lo establecido.

Cuando se abren alamedas atmosféricas en la historia, el intelectual de la crítica por lo general siente su pequeñez, y desde ahí la mayoría de las veces ensaya ese gesto extremo que busca superar el miedo de su probable inexistencia. En este caso, el surgir de la pregunta por "dónde está la historia de ellos"—no la de sus muertes sino la de sus vidas—no fue consigna, ni siquiera grito ese 24 de marzo del '96. Al contrario, fue esa misma memoria irredenta en veinte años lo que entendimos gestaba como nunca el silencio casi aterrador de las narraciones ausentes. La Plaza de Marzo fue el despliegue de una página en blanco, pero por primera vez página para la escritura de un pasado, extendida por esas generaciones de la democracia y de los derechos humanos que rompían infatuos o destinales cordones umbilicales que idiotizaron el diálogo con sus mayores.

En el vigésimo aniversario analizábamos que comenzaba a silabearse un relato autónomo de los protagonistas jóvenes de la historia, en discusión con esta última y en discusión con las generaciones precedentes. Un relato preñado ya con su memoria y referencias propias, intranferibles en sus sentidos históricos particulares, proyectado a escapar probablemente de las discursividades dominantes que legislaron sobre aquella historia de los '60



y los '70. Relato en ciernes que toda generación en su individualizarse como tal, en el grabar su huella de disconformidad sobre lo social, construye en las afueras de las memorias ajenas, para recién poder habilitarlas, escucharlas, dialogar con esas otras: para renovar las interpretaciones, pero ahora desde su propia historia de veinte años de duelo. Como si una generación ingresase políticamente al debate histórico no esencialmente en sus gustos o sus modas, tampoco en los casilleros que le otorga el mercado o la política constituida, sino cuando puede querellar explícitamente las políticas de la memoria desde una experiencia vivida que siente el esbozo de un nuevo relato.

En la Plaza de aquel marzo, supusimos con certeza que había emergido un primer trazo fuerte del relato de "ellos", que podía liberar la palabra en unos y en otros. ¿Cuál principio de un relato? En marzo del '96 los desaparecidos *-muertos* no podían seguir siendo datos aciagos que únicamente se hiciesen comprensibles en la crónica del Estado de Terror, en sus legajos judiciales, sino necesarios de recuperar en otro horizonte de lo acontecido. En otra crónica social propia: la de este lado, a la bárbara operatoria de los grupos de tareas. Y desde ese quiebre discursivo simbólico que no precisó de otra cosa que denunciar el vacío, el retraso, la ausencia de lo que seguía presente, comenzaba, presentimos, no sólo a resquebrajarse el pacto de la condena a silencio de "los dos demonios" sino el esqueleto de ese eslógan que por tanto tiempo evidenció su eficacia para cancelar las narraciones políticas de aquellos años.

### *La complicidad*

La democracia institucional reconquistada en la Argentina en 1983 como clara aspiración de la sociedad,

planteó desde su escenario político previo y conducente al fin de la dictadura militar, una esquivia y a la vez equívoca relación con el país político e ideológico de los años '60 y '70. Esquivia, en tanto la lectura sobre aquel tiempo, sobre sus lógicas y protagonistas, iba a solayar bajo el rótulo de "tiempo de la violencia y el terror" —referencia tan implacable como cierta pero también de un grueso reduccionismo— la comprensión de un país que desembocó en la encrucijada de los '70 con pliegues, elementos y fisonomías de una vasta modernidad histórica en crisis que excedía en mucho lo que procuró sortear el discurso político posdictatorial en su conjunto. También equívoca, en tanto esa instrumentación de la desmemoria, esa abstracción de la historia de parte del peronismo y el radicalismo del '83, situó a los sujetos y actores de un primer tramo de transición democrática en los incipientes marcos de una cultura política de la desconsideración de los antecedentes. En una neológica política de invisibilidad de los transcurso, esos que, velados en definitiva, subyacían a la nueva escena y gestión de una democracia sin "huellas de la historia político social", donde la convalidación del presente pactaba desde el peronismo con el terror, y desde el radicalismo con un grado cero de sí mismo: discursos desinvolucrantes de la sociedad con su pasado.

Dos posturas de signos encontrados tuvo el '83 político argentino que repercutieron decididamente sobre la memoria de nosotros mismos. Por una parte, la autoamnistía militar prometida por el peronismo en la campaña electoral desde la voz de su candidato Ítalo Luder, que significaba clausurar la historia desde los criterios del propio Estado de Terror. Convenir con la muerte la propia muerte de la historia. Destribunalizar el genocidio, Malvinas y las responsabilidades de lo actuado durante la época más trágica



de la Argentina. Esto es, permanecer en las claves siniestras de la política homicida, que se corrobora en el desdichado "araúd radical" quemado por Herminio Iglesias frente a dos millones de personas, y donde la cúpula de la dirigencia peronista pone en evidencia, en ambos datos y con respecto a su lectura del período 1976-1983, el nuevo lugar que autopercebe que le otorgó la historia del exterminio: obediencia debida a las Fuerzas Armadas, y el cajón de un muerto que en sus llamas "desaparecía". Ese continuismo, en su bestialidad de escritura política sobre lo social y sobre lo específicamente ético, sin duda "exponía" la historia acontecida pero desde la inescrupulosidad del cómplice. La sacaba a la luz desde los deshechos de una contradictoria crónica de movimiento popular vejado, donde lo militar, la guerra, la violencia, los pactos sindicales, el muerto propio y ajeno habían inscripto sus señas en las figuras de la víctima, el proscrito y también el pactante de todas las sobrevivencias.

El peronismo del '83, con sus candidatos "de lujo", como los denominó gran parte de la militancia, enterraba el pasado en sus propias desintegraciones y derrotas ideológicas, para subir al escenario con el ropaje más patético que puede vestir un condenado, el del triunfo de su imbecilización, bailar las danzas de la hoguera con sus verdugos militares y luego económicos. Historia que entonces sí podemos decir que "se mostraba", pero esperpénticamente: en sus acuerdos con la criminalidad del dominio padecido. En esas circunstancias la recuperación deliberativa y crítica de los '60 y los '70 no sólo vive la impotencia de que el peronismo aparece por detrás de sus discursos circunstanciales con una ideología más bien hermanada con la represión: no sólo no contiene en su léxico más espontáneo y generalizado la problemática de los derechos humanos, sino que en sus cuadros políticos

la crónica que remitía a aquella época brilla en general por su ausencia. La mostración tumefacta de la historia "de las violencias" en su piel (el exterminio no reconocido, ni interna ni oficialmente, del peronismo montonero y del peronismo revolucionario) inhabilitaba en el peronismo su recuerdo, el debate, el reengarzamiento de la historia, para dejar paso desde ortodoxos y prerenovadores a una política de canibalización ética y moral con su memoria, a una deshistorización definitiva de sí mismo, salvo excepciones que sirvieron en todo caso para mostrar a una tradición intelectual crítica —que tanta incidencia había tenido hasta los '70 con respecto precisamente a la historia— como una reliquia irrecuperable.<sup>6</sup>

6. La cuestión de enfrentar como campo intelectual y como una "imaginaria" sociedad la historia vivida y luego padecida, no sólo se inscribe en esa zona abstracta de los ensayos y teorizaciones que al respecto no se dieron, sino que también forman parte ya de *otra historia*, posterior a los '60 y los '70 y a los exilios, a comprobar también inscripta en nuestro cuerpo, también en mi escritura. Historia que escapa de los dramas de vida o muerte física, pero que pone en evidencia las tribulaciones del pensamiento en estos años, la conciencia de un silencio que no dejó de bramir, y la impotencia en este caso crítico intelectual, mía y de mis pares, en cuanto a poder abrir el curso de esta crítica histórica pendiente. Mientras escribía este texto recordé y busqué dos artículos míos archivados por ese extraño ritualismo de la letra propia. Los dos son significativos para mí. Uno es el primer artículo que escribí a mi regreso al país, en marzo de 1984, como inicio de una serie de veinte columnas para la revista (peronista) *Primera Pluma*. Lo titulé "La memoria enterrada" y dije en sus párrafos: "La memoria de los argentinos también simula haber quedado enterrada en un cementerio sin nombre ni referencia, que necesita ser ubicado. Atravesamos una etapa de democracia ahora marcada por la ausencia casi total de casi todos los *porqué* las cosas fueron, y son, así. Ironías de la historia, una sociedad conmocionada diariamente por las revelaciones de cosas sucedidas, prescinde al mismo tiempo de la memoria política, económica, social y cultural, que le permitiría reencuentrar los sentidos de su historia [...]. No se analizan las causas y secuencias de un

La desaparición de los '60 y los '70 en este campo, el drama de la crítica en cuanto a qué hacer con la historia, tiene en el peronismo, desde el '83 en adelante, uno de los epicentros conflictivos de nuestra actual pérdida del pasado. Su continuismo ideológico y cultural en términos de cómo pensó la nueva escena democrática, expresó una de las formas de la victoria del proyecto militar, por el cual al fin concluyó redefinido desde una de sus almas históricas: ser hijo incompreso e ideológicamente silvestre del conservadurismo popular al servicio de las encrucijadas de grandes crisis de los intereses históricamente dominantes, extirpada esa otra alma, también genuinamente suya, que había protagonizado de manera casi excluyente la política diez años atrás (marzo de 1973); con los cuantiosos errores de las líneas que plantearon la transformación social, y con la masacre represiva que las diezmó. Suyo había sido preci-

conflicto nacional que derivó en formas demenciales de violencia y de muerte, sino que se despliega, a la manera de una policial negra, la espectacular reyerta de 'unos malos' contra 'otros malos'. Se opta por los esquematismos, por las armonías formales, por retóricas que especulan con la situación de amnesia [...]. A veces, de manera equivocada, se presiente esa memoria como un drama que mejor ni mencionar. En otras ocasiones se apuesta calculadamente al velo de sombras sobre la memoria. Es la crisis profunda del peronismo el principal motivo de que todo aparezca hoy como colgado del aire: sin historia. ¿Qué saben de todo aquello las nuevas generaciones de jóvenes? Y en mi última colaboración para la revista *Unidos* de 1986, en un texto al que en término de chicana y discusión de barricada intelectual llamé "De los subversivos del Parque a los weberianos de Parque Norte", anotaba en ese mismo tenor de preocupación y falta de incidencia de nuestra propia palabra intelectual crítica: "El peronismo no va a poder plantear una comprensión propia si no reencuentra el recorrido real de su participación en la trama histórico-cultural [...]. Si se le sigue otorgando a la interpretación histórica alfonsinista la potestad de nuestra ausencia como historia desgarrada, si consideramos que la astucia

samente el *protagonismo* casi sin frontera de aquella época de los '70, desde sus izquierdas, centros y derechas, con Montoneros como actor de relevancia, y que trazó el último gran tramo del llamado peronismo revolucionario (y en segundo término el marxismo socialista armado y desarmado, que en lo sustancial no difirió de Montoneros en cuanto a una lectura hegemónica en la izquierda). Protagonismo abusivo del peronismo, que luego en el empujamiento de su derrota y descomposición de ideologías, en el desentenderse de su historia, ni siquiera consideró, tal como en el '55, que el '76 había significado el derrocamiento y la derrota de "algún proyecto" propio.

La imposibilidad de pensarse a sí mismo, el pacto cultural militar con la dictadura de aprobar lo actuado (salvo ciertas críticas a la política de Martínez de Hoz) precipitó una suerte de vacío sideral sobre el pretérito

política es obviar el análisis y la crítica rotunda del tránsito de nuestra biografía 'que explicaba la historia', a nuestra biografía que cierra una historia [...] Pacto (del peronismo 'modernizado') con las palabras operativas del radicalismo, que hace desaparecer los pasados reales de cada uno de los presentes brumosos [...] disolución de los archivos y registros del discurso político, que no fija sitios ni remite a ningún lugar de la historia [...] Nadie reconstruye la memoria del imposible presente [...] entonces como buenos alumnos ahora delismo-Alfonso, descubrimos que hay que endilgarles a otros 'los paréntesis tenebrosos' de la crónica nacional [...] Textos de ausencias y apariencias, hacemos desaparecer las claves genealógicas. El tema del intelectual sirve para discutir parte de los problemas de la modernización de lo político. Sirve a la necesidad de componer un relato de clausura del pasado, de ecuación festiva hacia adelante [...] que hermana a la renovación radical y peronista [...] En este sentido el peronismo renovador representa un esfuerzo complementario al del discurso alfonsinista, de erección de una pospolítica [...] Nos quedaría, como intelectuales preocupados por la política, como espectros en tránsito de épocas, el refugio: el consejo a los Príncipes de cartón."

inmediato, para operar también como profunda opacidad de una historia, ahora tampoco con sobrevivientes intelectuales que la interrogasen. En este sentido su proyecto de continuidad fue un complejo universo discursivo que literalmente no permitió sobrevivir ni a los sobrevivientes de una memoria. Fue la ausencia de pensar dicha memoria y el éxodo de las palabras que la aludieran. Desde esta perspectiva, la de la naturalización de “no regresar a la historia”, se hizo manifiesto cómo el proyecto dictatorial cumplido se había abismado en el peronismo perdedor o victorioso de la democracia, para desconolar las probabilidades de una revisión crítica desde los restos del peronismo intelectual. Campo este último donde pocos advirtieron esta falta de responsabilidad con la historia, con la verdad, en definitiva con la política, desde el arrasamiento ideológico de una problemática de ética y memoria, en la cual era el peronismo justamente el que había quedado inscripto con miles de muertos. Pero entre los que se fueron silenciosamente a sus casas, se desperonizaron o se reconvirtieron sin dar cuenta, y los que sólo alcanzaron a plantear tal estado a partir de una patética impotencia, puede decirse que el peronismo desde sus intelectuales y ex intelectuales no pudo revertir en los primeros largos años de la transición democrática esa visión generalizada y que sintetizaban sus cúpulas: la defecación ante un debate sobre el pasado.<sup>7</sup>

7. El hecho quizá más insólito y probablemente más inútil que le ocurrió al peronismo en esa época fue la renuncia pública a través de un documento crítico que en agosto de 1986 redactamos y firmamos veintiséis intelectuales. Su incidencia en nuevas adhesiones fue nula, no así la poco comprensiva crítica recibida. Luego nos consolamos pensando que habíamos sido representantes sin votos de los miles de militantes de nuestra generación que se habían apartado sin siquiera saludar, y en ese tiempo vaciaban las calles de peronismo activo en cada

Fue la obturación de la historia propia, la ausencia total de revisión de los referentes que habrían compuesto el fracaso del “peronismo de la liberación”, lo que en realidad pone fin a la figura del intelectual crítico peronista. Intelectual que desde el '45 gestó su perfil precisamente en ese cruce de política e historia, en la tensión o quimera por desentrañar la verdadera herencia entre las brumas de las políticas dominantes sobre los pasados distantes y próximos. Si para el intelectual mar-

acto. Pero el texto da cuenta expresa, entre sus puntos de crítica más importantes, de ese sofocamiento de la memoria, de esa irresponsabilidad para con la historia, y de cosas mucho más miserables: “Asistimos a las aritméticas de un peronismo que desde su dirigencia promueve mensajes de tinte antidemocrático, alentadores de salidas totalitarias [...] a través de componendas con siglas y políticos despreciados por el pueblo, con militares de los campos de concentración y con los sectores ideológicos y culturales más inquisidores del país [...] Creemos que esta realidad oficial del peronismo es fruto de un proceso que se precipita con la frustración revolucionaria del '73 (tronchada) por las políticas de terror de las derechas paramilitares del propio justicialismo [...] por la guerrilla monotonera con sus posiciones militaristas, sus provocaciones de foguismo armado y sectario, y su ambición de copar el rumbo del movimiento [...] por las equivocaciones de Perón y su permisividad frente a los avances lópezreguistas”. Pasada la dictadura fue “manifiesta la coincidencia de numerosas figuras dirigentes con el continuismo militar pactando ‘historias salidas’ y desconociendo de manera impúdica, pero ideológicamente coherente, el trágico tema de los derechos humanos”. Por otra parte decía el documento, “el rápido deterioro y el triste final de los llamados renovadores, o la alternativa de personalidades fabricadas por la massmedia con lenguajes lavados que jamás cuestionan nada de esta historia, potable para todos, o integrables a cualquier cosa en el futuro, son datos que marcan los límites [...] Es una cuestión de dignidad con la propia memoria [...] No aceptamos tampoco las nuevas interpretaciones del radicalismo y de las derechas modernizantes que barren de un plumazo el significado de cincuenta años de crónica argentina, considerándola como un mero “encadenamiento de equivocaciones”. El documento contiene apretadamente, a simple mención de cosas, la

xista la viga maestra de sus obsesiones siempre estuvo en pensar las contradicciones entre lo "subjetivo" y lo "objetivo" del presente por cuanto el pasado nunca dejaba de ser Ley de la historia confirmadora, el intelectual peronista forjó su escritura en discusión con la historia como laberinto de datos a reengazar, como memoria en sombras a iluminar, como narración revisionista que lo genetizaba para su papel. Hilo de Ariadna siempre secundarizado en el propio Movimiento, no obstante ese intelectual supuestamente a la vera de las decisiones fue siempre radiación oculta que tejó lecturas, a la postre tan decisivas para una identidad política como los referentes mayores –"líder" y "pueblo"– desde las siluetas de los Cooke, Puiggrós, Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui, Jauretche, Ortega Peña, Walsh, Carri, hasta sus herederos, nuestra generación, que en soledad o en grupos universitarios, en tierra natal o en el exilio, persistió en la tradición de "traer la historia" a la política propia y ajena como fundamento de la crítica política e ideológica.

A la manera de una metáfora tenebrosa, la virtual despedida del intelectual del Movimiento se funde con esta crisis en la cual el peronismo, en tanto ironía brutal sobre sí mismo, bloquea ya no el pasado sino sus señas en él, en lógica coincidencia con su imposibilidad de leer, a esa altura de sus escombros, los inéditos significados de la dictadura de los campos de exterminio y, en todo caso,

historia de los '60 y '70 atragantada, llevada a tumefacción por el propio silencio de toda la política desde el '83 en adelante. Anuncia, solitaria y desconsoladamente, el tiempo de la absoluta descalificación del valor de la memoria en la política, que inaugurará poco después el menemismo como cultura "ya liberada" de esa variable ética para exponer esa impronta entonces de manera descarada y para escándalo del "bienpensante".

desde el '83 al '85 "ampararla" desde esa desconsideración. Tal aceptación en definitiva de la muerte, no es ajena sino todo lo contrario, en su inmenso significado, a la muerte de la historia y la agonía de la crítica, donde se extingue un tipo de intelectual suplantado por aquellos que ya no regresarán nunca a los oscuros pasados de lo actual, sino a la desmemoria de lo acontecido, a la pragmática del presente a través de la "modernización de la política" que le imprime el alfonsinismo a la época, donde brotan los nuevos asesores, tecnócratas y chequeadores de encuestas.

### *El grado cero*

La otra postura que quebró la posibilidad de contar los '60 y los '70, y por lo tanto la inmensa incidencia que sigue depositada sin reflexión en lo sumergido de la cultura de nuestra sociedad, correspondió al radicalismo bajo el mandato de Alfonsín. Discurso de incuestionable presencia triunfadora en el tránsito posdictatorial, y que, entre otras variantes, también cifró en la desconsideración e instrumentación de esa historia la posibilidad estratégica de refundación de un tercer movimiento nacional democrático (curiosamente obediendo a una "vieja lógica" política de la modernidad argentina para volver a nuclear los grandes contingentes sociales) a partir de la cual aquel pasado pasó a ser una entelequia de "historias equivocadas" y malentendidos reducidos a sus más escuetas tergiversaciones.

El tiempo de Alfonsín, su liderazgo, es un complejo período que debe verse finalmente como de contradictorias, frustradas pero también de fecundas intenciones en los retramados de interpretación histórica. Tiempo de un

intermitente juego de memorias y categorías sombrías, de alquimias refundantes y necesidades “decretadas” de relecturas sobre las lógicas del proceso nacional, en boca de un radicalismo antiguo partícipe, testigo y también inoculable responsable de nuestro siglo XX. Período entonces que desde la victoria política y cultural alfonsinista pretende no sólo reanudar la democracia a la vieja usanza sino establecer una crítica democrática, instituir en el vacío posdictatorial un pensamiento ético que “arme” al nuevo imaginario social que representa, y en último término que también fije la figura de un intelectual, amparada dicha figura por una idea caudillesca más centrada en un estilo mesiánico modernizante que reparador de postergaciones como había sido el yrigoyenismo. El planteo pecará de ingenuas y también soberbias abstracciones, donde el radicalismo concluirá con algo de aprendizaje de brujos entre las probetas que van de sus discursos a la realidad. Aunque en todo caso nada de esto es cuestionable en sí, sobre todo para un partido que si había brillado por su ausencia en los últimos cincuenta años, era en el campo del debate intelectual político, desde su histórica manera de recostarse en el peso de sus estructuras partidarias, reflexivamente inocuas, mucho más que en la probabilidad de asumir una reinterpretación histórica inaugurante.

Para lo que nos interesa, esa política de la memoria del alfonsinismo, su “reposición” de un pasado para instrumentarlo en realidad como paquete estigmatizado, obnubiló dicha historia precedente. Le restó, en la operatoria del lenguaje democrático, todo crédito explicativo a los años '60 y '70, desplazándolos de una inteligibilidad política y social para situarlos (desde un logos que se pretendió “laico” y proyectado sólo hacia adelante) en el territorio de una teodicea del mal que, para su no retorno, simulaba exigir ser vivido como

indecible. Ser olvido carente de preguntas. Se trataba de un atrás irracional, sobrecargado de mito y mitificación. Un largo período velado, pero a la vez ambiguamente repuesto por la propia empresa alfonsinista democratizadora a partir de su horma caudillesca, de su liderazgo por encima de la propia escena política presente, de su fondo providencialista que necesitaba acumular los elementos imprescindibles para un “tercer momento” de la patria. Proyecto que en realidad permitió—ahora desde un contrato democrático institucional indeleble—a las formas más intransferibles, mágicas y “utópicas” con que el país gestó sus períodos trascendentes siempre por detrás de las formalidades: es decir, un “ismo” encontrado en un hombre que irrumpe desde su secreto antes inaudible.

Es esta última perspectiva política, en definitiva, la que precisó en la encrucijada de transición democrática plantear un grado cero de la *historia*. Un grado cero del “ahora seremos lo que no se nos permitió”—democráticos—con que se partió en dos la historia desde un eje irracionalidad/racionalidad en tanto corte absoluto y de fondo escolástico, con el cual se concluyó absolviendo y descomprometiendo a la sociedad en su conjunto con respecto a su pasado. Se la desinvolucró de dos posibles compromisos: aquél que tuvo en los años '60 y '70 con las “grandes mayorías”, y el que luego depositó en el dictatorial “arreglar el caos”. Indudablemente este planteo radical teologizante de la “mala historia”, tenía un adversario claro y preciso pero también teologizante y hermano, el propio Estado de Terror que en su vasto despliegue criminal contra una “subversión en todos los planos”, y en el sustento global que creyó tener luego en su guerra sucia y “excesos”, concibió para sus procedimientos de manera similar a dicha sociedad: lo suficientemente sumergida, antes y después, en las encrespadas aguas del “mal” y del

“bien”, aunque en este caso en sentido involucrante y no absolutorio, como pretendió el alfonsinismo.

En esta confrontación sobre cómo transitar la democracia desde distintas políticas de imaginarios sobre lo acontecido, la arbitrariedad alfonsinista del grado cero, el irracionalizar un pasado para llevarlo a disolución –la tesis de “los dos demonios” que impide toda revisión a no ser la desmemorizante– expulsa el pasado para situarnos en la atmósfera no ya de una posdictadura, sino esencialmente de una post-historia. Impide entender las causas de su sencillamente “ser historia”, y a la vez su envergadura catastrófica en la conciencia social. Desintegra el pasado como problemática del qué fuimos, qué somos. Como un juego de espejos perversos, esta clausura del Radicalismo es también en gran parte deudora de un fondo estratégico dictatorial que buscó –en épocas donde aspiraba todavía a autosucederse– generar un corte abrupto en lo político, cultural y social del proceso nacional, corte que hundiese en el olvido, junto con la ilegalidad represiva, “la ilegalidad” de la historia argentina que en el simbolismo de “los ’60 y los ’70” incluía un más vasto tiempo y décadas “maléficas”. Proyecto militar que en el borramiento des- de las gigantes cloacas de sangre y martirio llevadas a cabo por las Fuerzas Armadas, dislocase la memoria de qué había sido lo político, lo social, las violencias de una crónica argentina, para reducir todo a una historia *finalizada*, a una guerra entre dos contendientes que habían apostado a solaparse.

La palabra del alfonsinismo tiende expresamente a sofocar el relato de esa historia política y existencial de los ’60 y los ’70, la crítica real de sus secuencias, y en esta empresa también cumple un rol fundamental y complejo. Su triunfo “hacia la vida”, en oposición al peronismo de la autoamnistía, tiene enorme incidencia en la cultura de la

época y en la necesidad de redemocratizar la sociedad desde un juicio ético al tiempo de la muerte. Por otra parte y frente al tema que nos preocupa, el grado cero que fija como vector central de autocomprensión del presente, se emparenta con los presupuestos ideológicos de los años '80 en lo internacional, dinamizados por una modernización política de corte neoconservador en Occidente que gravita en América latina en tanto variable de “Fin de una Historia” en lo que había tenido ésta de reclamante de justicia para el desposeído, de cuestionante dentro y fuera de lo institucional, de “extralimitada en la protesta social”, y por lo tanto necesitada ahora de un nuevo “pacto contractual” para la actuación de sus “actores”. Ideología de época sobre el fin de *una historia* como *fin de las historias* que habían sido leídas antes en clave socioeconómica desde lo subalterno democratizador, desde problemáticas de desigualdad-ingobernabilidad, sustituida ahora –esa “anacronizada” o “inconducente” mirada– por una lógica de mercado reinterpretante de los conflictos y habilitadora de los nuevos discursos liberales intervinientes.

Complejo ideario alfonsinista decía, porque este clima neoconservador capitalista de fin de un largo ciclo histórico, logró articulación como espíritu de época con ese “grado cero” del radicalismo con respecto a la historia argentina y sus diversas comprensiones. Esa concepción siempre implícita en el alfonsinismo del grado cero, con- tuvo como sutura el acto político más trascendente del período radical, el juzgamiento y condena a lo actuado por la dictadura, como su más categórico logro democrático con un apoyo de masas que permitió ir más allá de los propios cálculos de las esferas políticas: la cárcel a los responsables mayores y una sociedad que en ese juzgamiento creyó saldar la historia, reencontrarse con ella. Pero reencuentro con la historia en este caso, y tal



vez haya sido éste uno de los nudos más difíciles sobre el cual reflexionar, que contribuyó de una manera difícil de poner en cuestión a la deshistorización del pasado. Contribuyó a la convalidación de los '60 y los '70 como rostro nocturno que, desde ese Juicio sustentado supuestamente en "todos los datos disponibles", en realidad pasaban a despertarnos para siempre.

En esa rotunda legitimación del grado cero de una política, se sustrae de su lectura la negatividad que albergaba dicha sutura en tanto fin de una historia en sus historias. En tanto forma cancelante de los itinerarios con que se hace presente lo político, convalidando de esta manera una lógica de *irrelevancia de los antecedentes* que de ahí en más compromete a la modernización política en su conjunto hasta nuestros días. La memoria de la sociedad sobre un tiempo de infortunio argentino rebasaba profundamente esa política de la historia, donde en realidad no comparece la biografía de lo social sino que más bien expía sus culpas. Se abre en nuestro caso un *período cultural de desnutrición de lazos entre política e historia*. Entre discurso y desgarnecimiento de sus propias travesías encarnadas y constituyentes de sentido, que conspira contra las explícitas intenciones democratizantes del gobierno. El alfonsinismo plantea lúcidamente la cura de una crónica nacional cruenta, autoritaria e intolerante (desplaza los restos patógenos de un peronismo situado como conciencia ciega en ese curso) pero desdemocratiza la relación de la sociedad con la historia, nuestra vinculación con ella, al sinuar desde su retórica obturante esta *relación indispensable* como un habla retrógrada para la democracia. Como "lo otro" a la novedad del presente: como la amenaza de la reaparición de lógicas y comprensiones infectadas de su propio objeto histórico de análisis. El alfonsinismo como experiencia expuso casi brutal-

mente esa premisa de la infección de la historia de los '60 y los '70. De tal historia como infección de lo democrático. No ya sólo con respecto a lo que quedaba contenido en un pretérito inmediato, sino también en cuanto al desprivilegio notorio de la intención interpeladora sobre aquello. La sutura—en el juzgamiento de la criminalidad militar como cierre de una historia—operó como figura fantasmal que terminó tragándose al propio radicalismo, y en donde "los héroes de Malvinas", "la obediencia debida", la falsa "casa en orden", los carapintadas, La Tablada, el pacto con lo peor del sindicalismo, el golpismo económico, es decir las "viejas historias" aparecieron siempre (entre otras cosas, por la escasa explicación de todo eso que tuvo la estrategia radical para con el pasado) como cumplimiento de esa misma disposición discursiva de la historia en tanto fantasma. Infección que para el alfonsinismo coagulaba en aquellos '60 y '70, reaparecidos en acto, y donde quedaba confirmada para su propia desolación "la historia de brujas".

Deshistorización por lo tanto que suturó el pasado a partir de una interpelación ausente reemplazada por su juzgamiento. La historia argentina de los '60 y los '70 fue juzgada en la figura del uniforme militar, y su problemática resuelta por la ley de las instituciones, dando lugar a una nueva y fundamental configuración de época cultural argentina con respecto a su memoria voluntaria e involuntaria, presas ambas en una suerte de "totalitarismo discursivo democrático" en cuanto a que la historia contemporánea pasaba a ser sólo lectura de "dentro" o "fuera" de la ley penal institucional, y ya nunca más los anales de sus violencias constitutivas, triunfantes y derrotadas a lo largo de muchas décadas. El *discurso tribunalicio* que inaugura el crucial procesamiento de las Fuerzas Armadas constituye un nuevo paradigma de vinculación con el pasado, donde primó como fondo una gramática resolutive,



expeditiva en su imprescindible urgencia, que terminó desembocando en la historia como campo simbólico tribalístico del “dese archivo”. Esto es decisivo, en tanto tierra y cielo ideológico con que se diseñó en los ’80 la cultura en el país en relación con su memoria, y también en relación con la figura del intelectual en sus versiones modernizadas para la política, la crítica, el periodismo y la academia.

El deslizamiento desde un “antiguo” y polemizado texto de historia (construido desde los conflictos de desigualdades, desde las formas de dominación, desde la confrontación cultural como laberinto a descifrar) hacia una visión judicial hegemónica de la cuestión histórica, quiebra la discusión, también ética, sobre políticas de la historia, enmudece sus narraciones de violencias, autoritarismos e intolerancias, convierte en innecesaria una disputa cierta de caminos para inteligibilizar e intervenir sobre una contradictoria crónica nacional. El deslizamiento de una lengua interpretativa a otra, pareciera cerrar la historia de la Historia, en la guillotina del malentendido espúreo o la enfermedad vergonzosa de un tiempo que concentra huellas que por lo menos van del ’45 al ’76. El pasaje ahora hacia lo tribalístico con su nueva carga mítica de duras y espectacularizadas evidencias palpables, técnicas pesquisas, valor del legajo, rutina policíaca, expedientes en folios, fisiónomica de los jueces, argot de los juzgados y sentencias, concluye instaurando políticamente la historia *judicial* de “los casos” como forma de *ver la historia*, que sólo en este plano reconocería los “antecedentes” antes perdidos por el grado cero: reencontrarlos en la “prueba” de los abogados o fiscales de turno. Cultura política que en la desconsideración de lo que antecede, y en su reaparición vía judicial de cosa juzgada, por ambas vertientes aportaron al bloqueo de una historia de los ’60 y los ’70 que exigía en cambio para

su reflexión crítica y sin concesiones una mirada intelectual y social casi en las antípodas de las ideologías del olvido, y su contrapeso en la prueba condenatoria o absolutoria *in fraganti*.

### Los desaparecidos

Los desaparecidos, los miles de secuestrados, confinados, torturados y asesinados por la dictadura militar, fue la última palabra que quedó (grito, reclamo, ritual, manifestaciones) en boca de las Madres de la Plaza y de los organismos y militantes de los derechos humanos para nombrar la historia argentina de los años ’60 y ’70. Última y única palabra, figura que en su silueta denuncia la transfiguración de lo inhumano, forma de enunciar la extrema resistencia frente a la muerte masificada, en un país luego “redescubierto geográficamente” por la sociedad en la meticulosa y disciplinada disposición de sus campos de exterminio de personas.

La muerte desde el Terror de Estado es siempre silencio abismal. Se sitúa más allá de la voz humana racional y de los recursos del mundo a los que cita esa voz. Exige pensar desde la inversión de todos los valores que hacen a la extinción de esperanza en la fragua de la vida. Y también de aquellos otros valores, sentidos trascendentes a la propia existencia humana, que igualmente se desvanecen cuando la presencia del mal —contra el cual supusieron ser baluartes en espera— los sorprende y arrasa desde la maquinaria de la muerte, rutina, tarea diaria, cumplimiento de horarios, sueldos establecidos, circuito comercial de saqueo domiciliario, contingentes de “trasladados” por jornada y aviones que cargan inspidamente combustible.

La voz de las Madres por los desaparecidos, sus hijos, se yergue entonces como palabra trágica porque ya no es posible resolución alguna de esa historia fatalizada ni tendrá formas de reinscripción en el por-venir de lo histórico, sino todo lo contrario. Porque esa voz detiene la historia, la interrumpe éticamente para siempre en el desdramatamiento, como dice Georg Lukács, de que el futuro es ahora sólo lo antiguo, lo que se desprendió de todo trans-curso, el tiempo humano finalizado.

Tal vez el pensamiento de Lukács nos aproxime más que ninguna otra reflexión al significado de lo trágico en nuestro país. Lo trágico “es sólo un instante” donde la evidencia prístina del dolor, la soledad, lo irreparable, el recuerdo de la vida en sus deshechos, para ser tal conciencia suprema debe anular la historia. No hay reingreso a la razón del tiempo del hombre: “El que muere en lo trágico está muerto mucho antes de morir”. Está siempre muerto, antes del dato cerciorante de la muerte como acto postergado de sentido. Las Madres de la Plaza, testigos de lo que nadie pudo ser testigo (sólo el verdugo) inmersas en el sangriento cenagal de nuestra historia militar contemporánea, reponen a miles de años de su inaudita existencia aquel eco de la lengua del mito “de haberlo visto todo”, de “saberlo todo”, pero trágicamente, como narración que ya carece de anclaje histórico. Paralizando la historia ahí donde ni palabra ni escritura ni política pueden nada, para dejar constancia de lo olvidado —la altura de lo humano— como presencia de lo sagrado cuando ésta verifica trágicamente su ausencia.

A lo largo de la dictadura y en el período democrático el incommensurable campo simbólico que gestó las palabras de las Madres como memoria y denuncia de lo acontecido fue cobrando la envergadura de una interpretación de la historia. No obstante aquí habría que empezar a señalar

una difícil pero imperiosa línea de diferenciación entre ese texto de la muerte, que en las Madres contiene una remisión de lo humano sagrado como fondo envilecido en nuestra crónica nacional, de las políticas sobre derechos humanos que apoyaron y sustentaron como ninguna otra instancia la misión de las Madres. Difícil línea demarcatoria en cuanto a aquel dilema que nos guía sobre qué hacer con la historia, con la responsabilidad de la verdad en el campo del pensamiento y sus posicionamientos siempre políticos, ya que ambos protagonistas fusionados en una misión querellante irremplazable, implican la necesidad crítica de distinguirlos.<sup>8</sup>

Tal vez no hubo un espacio de tanta resonancia en lo social como el que por lógica de lo sucedido y denunciado abrieron las Madres y el movimiento de los derechos humanos en la Argentina. Gravitó en esta circunstancia la suspensión de la historia en sus lenguajes examinadores, el amedrentamiento de una sociedad jaqueada en sus valores sobre la vida, el hecho mismo de la acusación al terror, el incuestionable daño al entretreído que liga las

8. Los derechos humanos son parte sustancial de una política. Recobran afortunadamente sus fuerzas en las últimas dos décadas en el plano nacional e internacional a partir de una reconsideración ético-social, ético-filosófica y ético-religiosa en lo que hace a pensar críticamente el mundo político y de las políticas, desde las víctimas de ese mundo. Desde las lógicas de todas las variantes ideológicas, que provocan la injusticia de una víctima. Los derechos humanos embaten como desacralización de la hipocresía y razones de las políticas justificadoras. No casualmente la problemática de los derechos humanos recobra brío y sustento allá por el '76 en la denuncia del Chile de Pinochet, de las dictaduras del Cono Sur, y con el mismo nivel de importancia en el profundo cuestionamiento a la URSS, a las experiencias del socialismo en el Este europeo, Camboya, China, para luego bifurcarse fecundamente sobre las miserias del capitalismo central y tercerista en su infinito fresco de violencias y represiones.

relaciones generacionales, realidades que dificultaron reabrir el tema de la historia ahí donde se hacía más decisivo para la propia memoria social: el porqué ese pasado debía pasar de su fisonómica de “los demonios” a una biografía que contase las vicisitudes y también calidades de una época por detrás de la figura del desaparecido.

El desaparecido no expuso sólo el drama en la historia nacional, el desencuentro envilecido de una sociedad sin capacidad de respuesta frente a un Estado que la asoló, sino la historia en sí como hecho infausto. El desaparecido remitió la crónica de una sociedad a esa pregunta sin aparente respuesta, del cómo fue posible. Pregunta que ambiguamente tendría sus contestaciones y datos evidentes, ya juzgadas en parte, y a la vez el regreso al vacío de una última respuesta a la pregunta. En lo funesto de lo acontecido la sociedad queda irremediablemente involucrada porque la Historia aparece como responsabilidad de valores y sentidos mansillados, ya sin posible reparación real. La figura del desaparecido efectivamente “cuenta una historia” y nos catapulta en ese relato a una dimensión que pareciera superar el debate y los posicionamientos frente al hecho histórico.

La profanación que instala esa figura destina casi a una memoria profanante de sí misma, y al esfuerzo de asumirla. Nos cita hoy de manera excepcional a situarnos en el horizonte final de esa historia, la nuestra, en su brumoso e inesperado *telos*. Nos abalanza sobre aquel horizonte del “para qué la historia”, impidiéndonos ya el consuelo de seguir observándolo, en perspectiva, como algo siempre dañado pero que nos ofrecería espacios futuros de reparación. En lo nefasto de miles de desaparecidos nos situamos ya en la desventura de la historia consumada desde su víctima extrema. Nos ubicamos en la serial de una política

de exterminio donde comparece la historia por encima de cada individuo y su particular participación en la desdicha.

No habría distancia ya entre la reflexión y ese horizonte donde se cumplió la historia en todas sus historias provenientes. Lo infausto en la figura de los desaparecidos es que en ella la historia es juzgada en todos sus transcurso, congestiona todos los tiempos que la habrían destinado, convierte al propio relato en la real desventura de aquel “hecho” que sólo expone el interrogante de cómo pudo ser posible. En todo caso la definitiva degradación de nuestra historia es la enorme dificultad de regresarles significados a ese tiempo, ese espacio *atrás*, desde una voz situada en el post-exterminio. Encontrar significados desde el inexorable dato de que la historia persiste, prosigue, desde la imposibilidad absoluta que tiene ella de asistir nunca a “sus últimos días”, como creyó Karl Kraus en medio de la muerte “total” en 1918. Nuestro propio asombro crítico de verla “ya pasado” la repone desde la sonoridad o el silencio de las palabras que toman conciencia.

La figura del desaparecido es un relato de la historia que perpetuamente la cancela y la reinscribe en aquella misma silueta que camina hacia la muerte desconocida, irreregistrable. Nosotros la reinscribimos ahí, en ese día, en “esos días” intrasferibles de cada uno de ellos y sus cuerpos concretos, donde la desmesura disuelve las voces explicativas en el horror de lo real que no atenúan leyes ni tribunales ni castigos. Que sólo encuentran un relato imaginario, inconcebible de un exterminio pautado en cifras y porcentajes de eficacia. El desaparecido es entonces el relato de la historia que se fija en lo intrasmisible de ella misma, más allá de los detalles que luego alcanzaron a saberse. Es la contradicción detenida en su lugar de

irresolución: memoria encallada, acento trágico. Lo que permite recordar impide contar la historia. Los propios detalles que parecieran graficar, exponer la narración sobre los desaparecidos, cimentan el cierre de la historia en esa figura postera, ocultando en definitiva lo que esas imágenes tienen de incommunicable. Lo aciago es un acontecer bífrente que da conciencia extrema de lo ocurrido en el pasado inmediato y lejano, pero desde su otro rostro no puede dar cuenta de por qué la historia se rearmó, se retempla, deja atrás ese pasado como totémica negatividad, nos destina a la miserabilidad de una memoria atroz. Impide liberar la historia atascada.

Desde una mirada retrospectiva puede decirse que fue a partir de una particular politización del tema de los desaparecidos desde el discurso de los derechos humanos, donde la crítica a una historia de los '60 y los '70 encontró sus mayores obstáculos para constituirse como tal. Si la complejidad de significación que tuvo el desaparecido (remitiendo al arduo tema de historia y catástrofe como apuntamos en párrafos anteriores) dificultó de por sí destruir el pasado con otros relatos interpeladores, este camino de comprensión crítica se vio cuestionado muchas veces por un planteo político que estableció en ese *impasse*, en la tragicidad de esa figura remitiendo a sí misma, una versión paralizante de la historia. Una ideologización de su figura que la dejó suspendida en los anaqueles de la denuncia como sitio de un delito de relato excluyente.

Es importante diferenciar en este caso la lógica politización del tema de los desaparecidos, exigiéndole a una política represora su rendición de cuentas, de esta otra politización que en la denuncia opera su renuencia a la historia. Que en la lectura de la concreta y material vejación de lo humano que signa el drama de los desaparecidos, y en donde la sola

voz política naufraga, el desaparecido se desvanece en lo social para pasar a ser, desde su abstracción, "precisamente" la versión de esa historia, arrastrando a esta última a un campo simbólico muerto donde no pareciera exigírsele ningún otro relato de compromiso con esa historia que el de "la maldición" de lo padecido. Falsa comprensión de que una víctima debe perder doblemente su historia para ser víctima eficaz en la denuncia.

Desde esta perspectiva, la constitución de ciertas políticas de los derechos humanos como campo ideológico izquierdista (que fijó una suerte de canon de relatos sobre los '60 y los '70 omniendo en ellos los temas de violencia revolucionaria, políticas militarizadas y criterios de guerra anegando a los protagonistas centrales de ese pasado que epíloga en los desaparecidos) aportó manifestamente a la censura de una compaginación crítica de la memoria. Más que el continuismo de un peronismo ciego a sus responsabilidades y a sus muertos, y que el discurso deshistorizante del radicalismo partiendo desde un grado cero después de "la historia como equívoco", resultó ese espacio de izquierda, politizando la denuncia de los desaparecidos también como velo o apreciación oclusora de una historia, la que más gravitó para la inhabilitación de la crítica histórica. Dilema para nada nuevo de las izquierdas que la crónica contemporánea en muchas situaciones de los últimos años puso de manifiesto, en cuanto a no discutir y no dialogar descarnadamente con sus propias memorias reales que terminan infligiéndole sus peores derrotas. Dilema que tradicionalmente, y también en el caso argentino, posterga un pensamiento crítico histórico sin entenderlo como plañón ineludible a una crítica a la cultura y a la política de cada presente en su difícil comprensión.

Una crítica entonces (situada por herencia concreta en

el campo afín a las izquierdas) que encontrará paradójicamente sus mayores zozobras y vacilaciones para sacar a luz el pasado y en él su propia biografía, en los dispositivos discursivos, variables ideológicas y actuaciones limitantes a la reflexión, del ex revolucionarismo y ahora progresismo en general. Política que en nuestro caso se sirvió a la vez en el campo de los derechos humanos, de las Madres, pero también más allá de ambas instancias, para remitir por último a las izquierdas y a la sustracción de sus propias historias en la crítica de la historia. También en la manifiesta tendencia en este campo de enlazar aquellas víctima desaparecidas con la nuevas víctimas de una historia actual, en realidad aplanan y reducen no sólo la excepcionalidad de una historia cuyo análisis pendiente nos vuelve a desinvolucrar de ella, sino que exponen que esta mecánica de enlace sólo puede operar desde el vaciamiento y deshistorización de la historia concreta que corporizó el desaparecido. Finalmente, la nadificación de esos rostros intransferibles de una historia y hoy ausentes de la historia. Como si en realidad las miles de tumbas desconocidas, debajo de nuestros pies todavía, constituyesen no lo inauditamente silenciado de sus vidas trágicas, sino esa misma nada, en significados humanos, con que el verdugo enterró sus cuerpos creyendo que con la desaparición sobre todo cavaba el fin de las narraciones de esa historia.

Esta versión de la historia gestó variables intelectuales que no lograron atravesar lo que se proyectó como "un mandato de olvido", y donde más bien se planteó la acritidad, la "ignorancia", el cretinismo, la desvinculación del pensamiento con respecto a las claves de un tiempo, y que desorientaron la evidencia de que el lugar realmente obturado de la crítica, a cierta altura, ya no fue —en tanto conciencia y memoria— lo actuado por la Junta Militar, sino el debate sobre "aquella historia" de los '60 y los '70 llevada a irrelevancia, y deshistorizando

una crónica argentina que en esa escenas de dos décadas tumultuosas, saturadas de sentidos y acontecimientos lucutuosos, cuentan las formas políticas, existenciales y culturales que nos hacen históricamente.

En este plano se generó, en el amplio espectro intelectual que había sido o seguía siendo de izquierda, un "texto cultural" como haz ideológico silvestre, desde luego no puesto en cuestión, que transcurrió como fondo de las referencias al tema de los '60 y los '70. Texto "sin dueño" y que remite a que en todo caso los miles de desaparecidos expresaban de por sí y suficientemente el horrendo castigo al fracaso terminante de una historia y sus protagonistas, como para no sumarle a ese castigo la preocupación de la crítica. Los desaparecidos "explicarían" excesivamente de por sí un pasado, en la propia ausencia ahora de aquellos actores políticos, y la de los sujetos sociales y lecturas pertinentes que habían dado vida a esos años.

Lo que subyace en el paréntesis narrativo de esta política de la memoria, es el diálogo interrumpido con una cuantiosa derrota de los procedimientos, concepciones y planteos de las políticas de la izquierda en ese entonces. Lo que subyace es el porqué y las índoles diferenciadas de esta derrota como palabra profundamente callada y subsumida en el desaparecido, lo que prolongarían así su figura como "sujeto político" de un presente, aunque ahora —desde una vieja lógica de izquierda— sin los susten- to ni los respaldos sociales ni las interpretaciones procedentes que capaciten para una crítica a la historia. La emergencia de esta noción ocluida, derrota política sin atenuantes, permite reponer reflexiva, teórica, narrativamente, a más de veinte años de su acontecimiento, la posibilidad de pensar la historia real. La posibilidad de superar la versión politizada del desaparecido como fantasma, como interpretación de las cosas que nos segui-

ría espectralmente diciendo: él es todavía la izquierda, hoy, ahora incontestada.<sup>9</sup>

Lo que parece quebrar la Plaza de Marzo de 1996 de los derechos humanos, es este diálogo político con la muerte como pétreo vallado que impregna en la actualidad, se lo asuma o no, toda política que se piense como

9. Lejos estamos hoy, y en este sentido creo que retrocedidos, de aquel artículo que escribió Héctor Schmucler en la revista *Controversia*, publicación de reflexión crítica fundamentalmente sobre lo actuado por las izquierdas peronistas y marxistas en la Argentina de los años '60 y '70, que un grupo de exiliados editamos en México desde 1979 a 1981. Schmucler, en el n° 9 de *Controversia* habla casi inaudiblemente desde otra figura del desaparecido, que también tiene un relato de historia pendiente: el reaparecido de los sótanos de la ESMA, figura testigo que guarda la memoria del terror, sus sitios, sus detalles, las caras, los muertos "vistos", pero que también acesora la narración, como sobreviviente de los campos de exterminio, de ese yo político, militante, activista, guerrillero, combatiente caído, torturado pero no asesinado. Desde esta silueta del sobreviviente, Schmucler, entrevistándolo, plantea los esbozos esenciales de una crítica histórica sobre los '60 y '70 hacia futuro. "A partir de experiencias como estas será imprescindible preguntarse cuánto de aquello que quiere combatirse está impregnando la actuación de las fuerzas llamadas revolucionarias". Y enfocando la historia montonera se pregunta: "¿A partir de qué principio se piensa lo político? ¿A qué realidad remite...? Deberíamos poder mencionar hechos sin que escandalicen [...] Cuando vengan los hechos a mostrarse y la actual 'indignación moral' de los argentinos se transforme en condena por la forma de una represión sin barreras, la política que encarnaban muchos de los desaparecidos de ninguna manera será reivindicada". Desde adentro de la trama, los reaparecidos contaban una historia estrangulada por cárceles, miedos y torturas, pero donde aparecía evidente, en ese final de la historia, "que a la máquina terrorista implementada por las Fuerzas Armadas se opone otra máquina que sólo confía en su confianza técnica a cuyo servicio están los militantes [...] y a partir de este dato, la reflexión de que también Montoneros, ERP, son organizaciones "construidas en función de la muerte". La propia revista *Controversia*, de la cual editamos catorce números en tres años con cerca de doscientos artículos reflexi-

proyecto de transformación de algunas, pocas o muchas cosas injustas. Esa Plaza anuncia superar un "diálogo político" clausurante (donde de aquella historia sólo sobrevuelan sobre nuestra escena "criaturas regresantes") diálogo que necesita plantearse, contar, preguntarse por una vasta y profunda derrota en primer y último término cultural, dentro de la cual quedan encerradas las derrotas políticas y militares de la izquierda de los '60 y los '70.

vos, permite considerar los avatares de nuestra crítica histórica sobre los '60 y '70. En la publicación del exilio y desde múltiples enfoques se analizaron los fundamentos, el santo y seña, los porqués de la violencia armada en la Argentina, y las causas no sólo de la derrota sino del baño de sangre que esa confrontación, que esa guerra, ocasionó como profunda desestructuración de la cultura de un país, a diferencia de lo sucedido en Chile, Bolivia, Brasil o Uruguay, también bajo el despotismo militar en ese entonces. *Controversia* escribía sus textos en plena etapa de denuncia a la Junta, y deslindada de la amplia política hegemonomizadora de Montoneros en el exterior, que hasta 1980 todavía postulaba "la legislación de Ginebra en cuanto al tratamiento de los prisioneros de guerra", en atención a todos sus caídos en manos de las Fuerzas Armadas. Pero la revista pudo, a partir de esa noción fundante de la derrota, los errores y horrores de un tiempo de ideas y proyectos que surcaron a la Argentina, quebrar la inercia de un pensamiento entre dos épocas, y asumir el trabajo crítico a los '60 y los '70. Este itinerario de la crítica se interrumpió drásticamente, no fue ni recuerdo ni olvido en el país desde el '83 en adelante, nunca comenzó realmente en la Argentina, al no poder constituir los perfiles que nos habían animado en México, en el marco de las categorías discursivas y políticas que en la Argentina instrumentaron luego la desmemoria sobre aquel período histórico.